



## UN PRELUDIO

---

A Ignacio Michel.

—¿Qué haces tan solo?

—Nada, tomando un poco de fresco, porque allá dentro hace mucho calor.

—¡Vaya! Fumaremos un cigarro, y mi interlocutor, creo que era Antonio, abrió su cigarrera y me la presentó en la palma de la mano. Aquí, continuó, se respira un poco de aire. ¿Traes cerillos?

Había llovido mucho, algunas nubes desgarradas, harapos negros manchaban aquí y allá el cielo, un cielo que prometía llorar toda la noche. Desde el alto balcón podía dominarse la calle sola en aquellas altas horas, y los extremos de algunas plantas del jardín iluminadas por un farol de gas, la lluvia las había barnizado y la luz rielaba como fingiendo chispas en las gotitas de agua, verde vivo era un islote en

aquel mar de sombras del que surgía para apagarse, el pálido puntilleo de las luciérnagas inquietas. Los coches que esperaban a la concurrencia se alineaban a lo largo de la banqueta, lanzando a las aceras el relámpago de sus linternas, y un foco eléctrico en el torcido poste lanzaba al piso cenagoso sus intensos y crudos rayos que fingían allí un archipiélago de manchas fosforescentes.

Así me gustaba estar. . . . solo, de codos en aquel balcón, algo como un alivio, como una dulce calma ascendía del jardín empapado. Del olor de la tierra húmeda se destacaba la emanación acre de los floripondios, volcadas copas que dejaban derramar y esparcir su esencia balanceándose como incensario.

El chirrido intermitente del foco, el piafar de los caballos, eran los solos ruidos que turbaban el silencio. . . . mientras que a mis espaldas era otro el cuadro: escapábanse chorros de viva claridad que barrían la alfombra del salón de fumar, con gran algarabía jugaban algunos desertores del salón y veíanse tras las cortinas el ir y venir de los jugadores con el taco en ristre, sonaban las bolas de marfil y el chasquido del contador.

En la sala ardía la araña del centro, los candelabros de bronce oscuro, los de cristal del piano iluminaban con luz diurna el amplio salón y en la hilera de asientos una concurrencia abigarrada, vibrante de placer, llena de risas, contagiaba, entusiasmaba, inclinaba a gozar y a reír también.

En la sala ardía la araña del centro, los candelabros de bronce oscuro, los de cristal del piano iluminaban con luz diurna el amplio salón y en la hilera de asientos una concurrencia abigarrada, vibrante de placer, llena de risas, contagiaba, entusiasmaba, inclinaba a gozar y a reír también.

Se formaban los grupos de lanceros, un joven secándose el sudor, vagaba por la sala buscando a dies-

tra y siniestra hasta encontrar a su pareja, que estaba detrás de un jarrón con plantas exóticas, más lejos, tres individuos discutían por una equivocación, ante una dama, que no sabía con quién de ellos tenía comprometida la pieza, hasta que una transacción hizo que el de los pantalones claros se la llevara. Corrían las parejas, instalándose en sus puestos y despidiendo a las que llegaban después.

—Ya este cuadro está completo.

—Lo haremos de seis.

—No, porque se echa a perder.

—Y de dos en dos se paseaban en busca de una pareja.

—Manuel, saca a Josefina, falta una pareja. . . . .

—¡Aquí hay una!

—Magnífico. ¡Ya!

Y de todos aquellos grupos que hablaban en voz alta partían las palmadas de aviso.

¿Y Lucía? ¡Ah! Si, allí estaba, la veía yo en el espejo frontero, la reconocía por el traje blanco y la camelia roja que llevaba en el talle, bailaba con un pasante de medicina, muy díc para hacer las caravanas y que a la sazón, balanceándose sobre los ta-lones, abría y cerraba un abanico, contándole algo que ella oía con atención. . . . ¡Ni una mirada para buscarme para ver si bailaba! pero ¿cómo lo había de hacer, si quizá ni sospechaba que en aquel compacto grupo de la entrada unos ojos la seguían con inmensa ternura?

—¿Ya?

—Ya.

Y empezó la música. No sé qué de extraño y cómico tenían a la vez aquellas evoluciones que retrataban los grandes espejos, diríase que eran autómatas movidos por ingenioso mecanismo, contados y medidos sus movimientos, saludándose, yendo y vi-

niendo, haciéndose profundas caravanas, hasta que sonaba una palmada.

—No, no, todavía no.

Un grupo estaba atrasado, era Marcos que no los sabía bailar, y su compañera pugnaba por enseñárselos. . . .

—Se abren ustedes. . . . No, por aquí. Vuelta con María. ¡Ahora sí! ¿Qué sigue?

Las señoras en los asientos, se abanicaban lentamente, como estaban de prisa, no se habían quitado los sombreros. Manuel y Elodía se habían ido a un rincón como de costumbre. Se amaban y perfectamente indiferentes a todos, hacían de los lugares apartados escenario de sus idilios. Pedro, rojo de rabia, miraba a Elvira bailar con Federico. ¿Qué culpa tenía ella? ¿qué podía hacer si él le pedía la pieza cuando ya la tenía dada? Se reía con el otro, era natural, no sabía para qué fingir enojo sin motivo.

—A mí, me decía un individuo, ¿cree usted que me divierte más ver bailar, que bailar? Mire usted, no hay una cara igual ni una conversación que se parezca.

Hacían las visitas las parejas, apenas saludaban muy entretenidas con la charla de sus compañeros, y a veces se pasaba la música, cuando precipitadamente comenzaban las figuras.

—¡Mano derecha, mano derecha!

Retiréme por segunda vez al salón de fumar, dejándome caer sobre un sofá de cuero. Indudablemente estaba mal, me entristecía aquella música, me mareaba el ir y venir de los bailadores, y no sé qué va-go disgusto me hacía cambiar de lugar a cada instante, evitar las conversaciones, enmudecer y refugiarme por último en el balcón ante el mismo cuadro: el farol del gas brillando las hojas del plátano, el foco de luz chirriando siempre, y los cocheros dormidos en los pescantes, mientras les caballos, abatidas

las cabezas, parecían dormir también. . . . Ahí sí pensaba en aquello desconocido que se apoderaba de mí como el síntoma de una enfermedad. . . . Ahí sí que volvía a preguntarme por qué estaba inquieto, y sin quererlo, instintivamente, volvía a mirar lo que pasaba en la sala, buscando en el espejo a Lucía, que a la sazón presentaba la diestra a su compañero para formar la cadena. . . .

¿La querría? ¡Quién sabe! Malo es que el amigo animado otras veces, no encuentre temas de conversación, y siempre motivos para estar sentido por causas imaginarias; malo que se ponga de mal humor porque otros bailen con la que él no se atreve a sacar; malo que la busque en la luna biselada de un espejo y finja no preocuparse por ella. . . .

Terminaban los lanceros, se daban las gracias, y abanicándose las damas tomaban asiento; una que otra pareja daba vueltas,

La familia Ros se despedía; poníanse las niñas a brigos y sombreros, besuqueando a las amigas y sintándose para el jueves sin falta. . . .

Temiendo la conversación del soporífero Marcos, me refugié en el balconcillo para fumar un cigarrillo. . . .

—No seas tonto, no seas tonto, hoy que tienes oportunidad por qué no entras, te sientas junto a ella y platican. . . . ¿o ya has olvidado cuántas veces se les han pasado las horas allá, bajo aquella acuarela, en el sofacito púrpura y oro, perdidos en disquisiciones psicológicas? ¡Vaya una timidez necia! ¡Ánimate, Julián, ámate, quién sabe. . . . Nunca fué el mutismo medio de conquista; una palabra pronunciada a tiempo vale mucho! ¿Y qué con que te diga que no? El que no se atreve no pasa la mar. . . .

Pero no, no me animaba para acercarme, buscando pretextos. . . . y permanecía ahí. . . . estúpidamente

solo, mirando cómo arrastraba el viento las chispas del cigarro que había botado al jardín.

Una palmada en el hombro vino a sacarme del ensimismamiento, era Lucía.

—¿Pero qué hace usted tan solo? Vamos, deme usted el brazo... y acompañeme a tomar una taza de te...

Atravesamos el salón y nos instalamos detrás de un biombo... Sobre la mesa de laca, llena de tazas anchas con dibujos chinos, arrojaba su luz un ancho velador púrpura. ¡Qué rincón tan tibio y tan discreto, qué decoración fantástica para un poeta! La luz, el biombo de bordados vivos, monstruosos, extravagantes, la butaca oscura, la vajilla delicada, el silencioso arder de la lámpara de alcohol, ella ofreciéndome una taza de te y yo preguntándome: ¿pero qué tengo? ¿por qué soy tan feliz y tan desgraciado a un tiempo? ¿por qué no sé qué decirle?

Y del salón venía una voz dulce, las frases apasionadas de una romanza de Gastaldon, el acompañamiento pianísimo, y sólo nuestras voces bajas, tierna la suya, conmovida la mía, parecían recitar las estrofas de una melopea al hablar ¿de qué? ni yo lo sé, del teatro, de las carreras, de un concierto... apurando poco a poco el te blondo y humeante.

Tenía dado el vals que preludiaban, al pararse tuvo una contrariedad: se acercó demasiado a la mesa de laca y se le deshojó la camelia que llevaba en el talle; sus pétalos parecían manchas de sangre en el tapiz.

—¿Vámonos?

—Sí, vámonos.

—¡Cuidado con estar triste!... Ya, ya sé quién es la que tiene la culpa... Ya me contaron y sé hasta cómo se llama.

—¿Cómo?

—Ese es el secreto. Y como si tal cosa, sin sa-

ber el mal que me hacía, se perdió en una vuelta de vals entre los bailadores...

¿Qué tendré, por qué necesito estar sin compañía, por qué quiero salirme solo?....

\*  
\* \*

En la calle no había una alma... todo dormía, menos aquella casa de donde salían torrentes de luz. Ya sabía yo lo que tenía... quizá por eso no detenía la mirada en los balcones iluminados, sino en aquella vidriera, a través de cuyos visillos de dibujos enormes se miraba como un triángulo de luz el velador rojo... Bajo él, bajo él... hacía un momento... la romanza, el biombo, el te... ¡qué sé yo! y dije como Fausto con un romanticismo de novela antigua: *¡Salve dimora casta e pura!*